

Esto lo aprendí en la cárcel. Compulsión es cuando haces algo de modo repetitivo. Obsesión es cuando piensas en algo de modo repetitivo. Por supuesto, también aprendí otras cosas. Aunque ninguna tan clara.

Tan bien definida.

El día de mi puesta en libertad el director de la prisión me llamó para charlar.

Me tuvo allí esperando mientras se inclinaba sobre su mesa, con la cabeza metida entre papeles. Todo un modelo de laboriosidad. Tenía la coronilla calva como el príncipe Carlos, lo que me hizo sentir bien. Me concentré en ella. Al final levantó la cabeza y dijo:

—¿Mitchell?

—¿Sí, señor?

Me sabía el juego. Estaba a poco más de un cigarrillo de la libertad. No iba a hacer ninguna tontería. Su acento era de algún lugar del norte. Lo había pulido, pero aún destilaba cierto tufo a Yorkshire y toda esa mierda.

—¿Cuánto tiempo has estado con nosotros?

Como si no lo supiera.

—Tres años, señor —le contesté.

Resopló como si casi no pudiera creerlo. Hojeó mis papeles.

—Rechazaste la libertad condicional.

—Quería pagar toda mi deuda, señor.

El guardia que tenía detrás soltó un bufido. Por primera vez, el director me miró directamente. Ambos mantuvimos la mirada.

—¿Sabes lo que es la reincidencia?

—¿Señor?

—Los que reinciden es como si estuviesen obsesionados con la cárcel.

Sonreí un poco.

—Creo que confunde obsesión con compulsión. —Y le expliqué la diferencia.

Selló mis papeles.

—Volverás.

Iba a replicar «Sólo en la reposición», pero pensé que sería una pérdida de tiempo citar a Arnie en *Desafío total*.

—No ha sido buena idea darle conversación —me dijo el guardia en la verja de salida.

Levanté la mano derecha y repuse:

—¿Qué más podía hacer?

No había nadie para recogerme. Me quedé de pie fuera de la prisión, esperando. No miré atrás. Llamadlo superstición, si queréis. Mientras aguardaba junto a Caledonian Road me pregunté si tendría pinta de convicto. De exconvicto.

De fugado.

Sí, de fugado. De eso también.

Tenía cuarenta y cinco años. Medía cerca de uno ochenta y pesaba casi ochenta y dos kilos. No obstante, estaba en forma. Me había machacado en el gimnasio y se me daban bien las pesas. Cualquier cosa para liberar endorfinas. Un subidón natural. ¡Joder!, lo necesitabas allí dentro. Sudar hasta el límite y más allá. Tenía el cabello blanco pero abundante aún, y los ojos oscuros. La nariz rota, redimida por una boca generosa.

¡Generosa!

Me encanta esa descripción. Me la dijo una mujer a los veintitantos. A ella la perdí, pero me quedé con el adjetivo. Uno rescata lo que puede.

Una furgoneta se detuvo e hizo sonar el claxon. Se abrió la puerta y salió Norton. Nos quedamos frente a frente un momento. ¿Era mi amigo?

No lo sé, pero allí estaba. Había aparecido, así que éramos lo bastante amigos.

—Hey —le dije.

Sonrió, se acercó y me dio un abrazo. Solo éramos dos tíos abrazándose frente a una penitenciaría de Su Majestad. Deseé que el director estuviese observando.

Norton era irlandés e impenetrable. ¿No lo son todos? Detrás de toda la cháchara hay un montón de cosas ocultas. Tenía el pelo rojo, la piel pálida y la complexión de un galgo astuto.

—¡Dios!, Mitch, ¿cómo estás?

—Fuera.

Tardó un poco en pillarlo, me dio una palmada en el brazo.

—Fuera... Esa es buena. Me gusta... Vámonos. La cárcel me pone nervioso.

Subimos a la furgoneta y me pasó una botella de Black Bush con un lacito verde.

—Gracias, Billy.

Casi pareció tímido al responder:

—Oh... es un detalle... por tu libertad... La celebración de verdad es esta noche... Y toma... —Sacó un paquete de Dunhills, de la variedad de lujo en caja roja—. Pensé que te morirías por uno hecho a medida.

Todavía tenía el paquete de papel marrón que te dan al soltarte. Cuando Norton arrancó el motor, dije:

—Un segundo. —Y lo tiré por la ventanilla.

—¿Qué era eso?

—Mi pasado. —Abrí el Bush y le di un buen trago. Quemaba. ¡Guau!, como siempre. Le ofrecí la botella a Norton, pero meneó la cabeza.

—Nah, no mientras conduzco.

Lo cual era gracioso, estando medio pedo como estaba. Era más que aficionado a la cerveza. Mientras nos dirigíamos hacia el sur siguió parlotando sobre la fiesta. Desconecté.

La verdad es que ya me había cansado de él.

—Te haré el tour pintoresco —dijo Norton.

—A tu bola.

Sentía cómo se me subía el whisky, lo que tenía toda clase de efectos en mí. Principalmente, me hacía impredecible. Ni siquiera yo podía saber qué ocurriría.

Giramos en Marble Arch y, cómo no, el semáforo en rojo nos detuvo. Apareció un tipo junto al parabrisas y empezó a limpiarlo con un paño sucio.

—¡Putos limpiadores de los semáforos! —gritó Norton—. ¡Están por todas partes!

El tío ni siquiera se esforzó: dos pasadas rápidas que dejaron marcas de suciedad en el cristal. Luego se asomó a mi ventana.

—Cuatro libras, amigo.

Me reí y bajé la ventanilla.

—Necesitas otra estrategia, colega.

El pelo largo y grasiento le llegaba a los hombros. Tenía la cara delgada y unos ojos que habría visto un centenar de veces en el patio de la cárcel. Los de un depredador al acecho. Echó la cabeza atrás y escupió.

—Ay, Dios —dijo Norton.

Ni me moví.

—¿Tienes una llave de tubo? —le pregunté.

Norton sacudió la cabeza.

—Mitch, Dios, no.

—Vale —dije.

Y salí.

El tipo estaba sorprendido pero no retrocedió. Le cogí el brazo y se lo rompí contra mi rodilla. Regresé a la furgoneta y el semáforo cambió a verde. Norton aceleró a toda prisa, gritando:

—¡Por Dios, Mitch, eres un cabrón trastornado! Llévame fuera... ¿Cuánto? Diez minutos... y ya estás otra vez. No puedes perder la cabeza así.

—No la he perdido, Billy.

—¿Cómo? ¿Romperle el brazo al tipo ese no es perder la cabeza?

—Si la hubiera perdido, le habría roto el cuello.

Norton me echó una mirada llena de ansiedad.

—Bromeas... ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Creo que te sorprenderá el lugar que te he encontrado  
—dijo Norton.

—Considerando lo cerca que está de Brixton, claro.

—Es Clapham Common. Desde tu... ausencia... se ha  
vuelto más moderno.

—Oh, mierda.

—No, está bien... Es igual. Un escritor se metió en un  
buen lío con unos prestamistas y tuvo que salir pitando. Lo  
dejó todo: ropa, libros... Está todo listo.

—¿Sigue Joe en The Oval?

—¿Quién?

—El vendedor del *Big Issue*<sup>1</sup>.

—No lo conozco.

Estábamos llegando a The Oval.

—Ahí está —dije—. Para.

<sup>1</sup> Versión británica de La Farola.

—Mitch... ¿Quieres comprar el *Big Issue* ahora?  
Salí y me acerqué. Joe no había cambiado. Despeinado,  
sucio y jovial.

—Hola, Joe —saludé.

—Mitchell... Dios santo, oí que pasabas un tiempo a la  
sombra.

Le alargué uno de cinco.

—Dame un ejemplar.

No se mencionó el cambio.

—¿Te hicieron daño allí dentro, Mitch?

—Nada que se vea.

—Buen chico. ¿Tienes un pitillo?

Le di el paquete de Dunhills. Les echó un vistazo.

—Lights.

—Sólo lo mejor para ti, Joe.

—Te has perdido el Mundial.

Y un montón de cosas más, pensé.

—¿Cómo nos fue? —pregunté.

—No ganamos.

—Oh.

—Siempre está el críquet.

—Sí, siempre nos quedará eso.

Tres años en prisión y pierdes  
tiempo  
compasión  
y la habilidad de que te sorprendan.

Estuve a punto de quedar asombrado cuando vi el apartamento. Toda la planta baja de una casa de dos alturas. Y estaba bien decorado, con todo tipo de colores pastel y estanterías con libros de pared a pared. Norton se quedó atrás para observar mejor mi reacción.

—Dios —dije.

—Sí, ¿verdad? Ven a ver el resto.

Me condujo al dormitorio. Cama doble. Abrió los armarios, que resultaron estar llenos de ropa.

—Aquí tienes Gucci, Armani, Calvin Klein y otros hijos de perra que no sé ni pronunciar —dijo Norton, imitando a un dependiente—. Las tallas van de la mediana a la grande.

—Con la mediana me basta.

De vuelta al salón, Norton abrió el mueble bar. También lleno.

—¿Qué te apetece?

—Una cerveza.

Abrió dos botellas y me pasó una.

—¿No hay un vaso? —pregunté.

—Ya nadie bebe en vasos.

—Oh.

—*Slàinte*, Mitch, y bienvenido a casa.

Bebimos. La cerveza sabía genial. Señalé el apartamento con la botella.

—¿Cuánta prisa tenía el tipo ese por dejar todo esto?

—Muchísima.

—¿No querrán los usureros algo de ello?

Norton sonrió.

—Ya he hecho el reparto.

Tardé en cogerlo un minuto. Maldita cerveza.

—¿Tú eras el prestamista?



Una gran sonrisa asomó a su rostro. Estaba orgulloso.  
Había esperado el momento.

—Soy parte de una empresa... y nos gustaría tenerte a bordo.

—Creo que no, Billy.

—Oye, no digo ahora mismo. Tómate algún tiempo, relájate.

Relajarme.

Cambié de tema.

—No sé cómo agradecértelo, Billy. Es increíble.

—No te preocupes. Somos colegas... ¿verdad?

—Claro.

—Okey. Tengo que irme. La fiesta es a las ocho en The Greyhound. No llegues tarde.

—Allí estaré. Gracias otra vez.